

NEVILLE GODDARD

EL PODER DE LA CONCIENCIA



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Espiritualidad y Vida interior

EL PODER DE LA CONCIENCIA

Neville Goddard

1.ª edición: mayo de 2021

Título original: *The Power of Awareness*

Traducción: *Álex Arrese*

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2021, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-718-6

Depósito Legal: B-5.460-2021

Printed in Spain

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Capítulo 1	Yo soy.	7
Capítulo 2	La conciencia.	11
Capítulo 3	El poder de la convicción.	15
Capítulo 4	El deseo.	21
Capítulo 5	La verdad que nos libera.	25
Capítulo 6	La atención.	29
Capítulo 7	La actitud.	33
Capítulo 8	Renuncia.	39
Capítulo 9	Prepara tu propio lugar.	43
Capítulo 10	Creación.	47
Capítulo 11	Interferencia.	51
Capítulo 12	Control subjetivo.	55
Capítulo 13	Aceptación.	57
Capítulo 14	El camino sin ningún esfuerzo.	61
Capítulo 15	La culminación de todos los misterios.	65
Capítulo 16	Impotencia personal.	69
Capítulo 17	Todo es posible.	71
Capítulo 18	Llevala a la práctica.	75
Capítulo 19	Lo esencial.	79
Capítulo 20	La rectitud.	83
Capítulo 21	El libre albedrío.	87
Capítulo 22	La persistencia.	93

Capítulo 23	Casos individuales	97
Capítulo 24	Fracasar	117
Capítulo 25	La fe.	121
Capítulo 26	El destino.	125
Capítulo 27	Veneración.	127

Capítulo 1

YO SOY

Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo.

EFESIOS 5, 13

La «luz» es conciencia. Conciencia sólo hay *una*, pero se manifiesta en innumerables formas o niveles de conciencia.

No existe nadie que no sea *todo* lo que existe, ya que la conciencia, aun manifestándose en una infinita serie de niveles, es indivisible. En la conciencia no existe separación ni brecha alguna. «YO SOY» es un algo indivisible. Aunque yo me considere rico, pobre, un mendigo o un ladrón, el núcleo de mi existencia permanece inalterable, independientemente del concepto que yo tenga de mí mismo. En el centro de la manifestación no hay más que «YO SOY», el cual se manifiesta en forma de innumerables formas o conceptos de sí mismo y de «Yo soy el que soy».

YO SOY es la autodefinition del absoluto, el fundamento sobre el que todo se sostiene. YO SOY constituye la primera causa-sustancia. YO SOY es la autodefinition de Dios.

YO SOY me envió a vosotros.

ÉXODO 3, 14

YO SOY EL QUE SOY.

ÉXODO 3, 14

Estad quietos y sabed que YO SOY Dios.

SALMOS 46, 10

YO SOY es una sensación de permanente conciencia. Justo en el centro de la conciencia se encuentra la sensación de SOY. Puede que me olvide de *quién soy*, de *dónde estoy*, de *lo que soy*, pero me es imposible olvidarme de que SOY. Esa conciencia de *existencia* permanece, independientemente de hasta qué punto se me olvide dónde estoy y quién y qué soy.

YO SOY es aquello que, de entre todas las innumerables formas que existen, siempre permanece inalterable.

Este gran descubrimiento de la causa nos revela que, para bien o para mal, el hombre es, de hecho, el árbitro de su propio destino y que su propio concepto de sí mismo es lo que determina el mundo en el que vive, de la misma forma que dicho concepto de sí mismo constituye su forma de reaccionar ante la vida. Dicho de otro modo, cuando uno se encuentra enfermo, al ser consciente de la causa, tan sólo puede atribuirle dicha enfermedad a la configuración específica de la causa-sustancia básica, una configuración que es el resultado de nuestras reacciones ante la vida y que viene determinada por nuestro concepto de: «Me encuentro mal». Por eso se nos dice: «Diga el débil: “Fuerte soy”» (Joel 3, 10), porque la causa-sustancia –YO SOY– se adapta a nuestras convicciones y, por lo tanto, se ve obligada a manifestar lo que determine nuestra configuración. Dicho principio rige todos los aspectos de nuestra vida, tanto el social como el económico, el intelectual o el espiritual.

YO SOY es esa realidad a la que, pase lo que pase, debemos dirigir nuestra atención para obtener una explicación del fenómeno de la vida. Dicho concepto de YO SOY es, en sí mismo, lo que determina la forma y el escenario de su existencia.

Todo depende de la actitud que adopte hacia sí mismo. Lo que no se defina a sí mismo como auténtico por sí mismo, es incapaz de despertar en este mundo.

Es decir, el concepto que tengamos de nosotros mismos, como puede ser el de «Soy fuerte», «Me siento seguro», «Me siento querido», es lo que determina el mundo en el que vivimos. Dicho de otra manera, cuando decimos: «Soy un hombre; soy padre; soy americano», no estamos definiendo distintos tipos de YO SOY; estamos definiendo distintos conceptos o configuraciones de una única causa-sustancia: del YO SOY único.

Incluso en los fenómenos de la naturaleza, si los árboles pudieran hablar, dirían: «Soy un árbol; soy un manzano; soy un frutal; doy muchos frutos».

Cuando uno sabe que la conciencia de la única realidad que existe –y que se concibe a sí misma como algo bueno, malo o indiferente, y que se convierte en lo que concibe ser–, nunca es presa de la tiranía de las segundas causas, de la creencia de que existen unas causas externas a nuestra mente que pueden afectar a nuestra vida.

En el estado de conciencia del individuo se encuentra la explicación de los fenómenos de la vida.

Si el hombre tuviera un concepto distinto de sí mismo, todo sería distinto en el mundo. Pero como el concepto que tiene de sí mismo es el que es, todo lo que existe en este mundo tiene que ser así.

Por ello, es absolutamente evidente que no existe más que un único YO SOY y que *tú* eres ese YO SOY.

Y mientras que *YO SOY es infinito*, tú, debido al concepto que tienes de ti mismo, no manifiestas más que un aspecto limitado del infinito YO SOY.

¡Constrúyete mansiones más majestuosas,
oh, alma mía,
con el fluido pasar de las estaciones!
¡Deja atrás tu pasado de bajas bóvedas!
¡Que cada nuevo templo, más noble que el anterior,
te separe del cielo con bóvedas más vastas,
hasta que, finalmente, seas libre
y dejes tu caparazón, que ya te queda pequeño,
en los agitados mares de la vida!

OLIVER WENDELL HOLMES, sr.,
«The Chambered Nautilus»

Capítulo 2

LA CONCIENCIA

La única manera de «construirnos mansiones más majestuosas» –manifestaciones de conceptos cada vez más elevados– es cambiando nuestra conciencia, es decir, cambiando, de hecho, el concepto de nosotros mismos.

(El término *manifestar* hace referencia al hecho de experimentar los resultados de dichos conceptos en nuestro mundo). Es absolutamente imprescindible comprender claramente qué es la conciencia, debido a que *la conciencia es una realidad única e indivisible, y constituye la única y primordial causa-sustancia de los fenómenos de la vida.*

No puede existir nada que no se deba a la conciencia que el hombre tiene de ello.

Por lo tanto, es a la conciencia a la que debemos dirigir nuestra atención, ya que constituye el único fundamento para poder explicar los fenómenos de la vida.

Si aceptamos la idea de que existe una causa primordial, debemos deducir entonces que dicha causa no puede tener como resultado algo que le resulte ajeno. Es decir, si la causa-sustancia primordial es luz, todas sus evoluciones, frutos y manifestaciones no pueden ser más que luz.

Dado que la causa-sustancia primordial es conciencia, todas sus evoluciones, frutos y fenómenos sólo pueden ser conciencia.

Lo único que podría observarse es una forma superior o inferior de la misma cosa, o variaciones de ella. Dicho de otro modo, si nuestra conciencia es la única realidad, también debe ser la única sustancia.

En consecuencia, todo lo que a nosotros nos parecen circunstancias, condiciones e incluso objetos materiales, en realidad no son más que productos de nuestra propia conciencia. Entonces, debe rechazarse el concepto de naturaleza como cosa o conjunto de cosas externas a nuestra mente.

No puede considerarse real que nosotros y nuestro entorno tengamos existencias separadas. Nuestro mundo y nosotros somos una única entidad.

Por lo tanto, si realmente deseamos conocer la causa de los fenómenos de la vida y saber cómo utilizar dicho conocimiento para hacer realidad nuestros sueños más ansiados, debemos cambiar el enfoque de nuestra atención, pasando de la apariencia objetiva de las cosas para concentrarnos en su *centro subjetivo*, en nuestra conciencia.

En el centro de todos los aparentes antagonismos, contrastes y contradicciones de nuestra vida, *sólo está en funcionamiento un único principio*: lo único que opera es nuestra conciencia.

Las diferencias no son una variedad de sustancias, sino una variedad de configuraciones de la misma causa-sustancia, de nuestra conciencia.

El mundo se mueve sin necesitar un motivo para ello. Lo que esto quiere decir es que no tiene un motivo propio, sino que lo rige la necesidad de manifestar nuestro concepto, de manifestar la estructura de nuestra mente, y *nuestra mente siempre sobre la base de todo aquello que creemos y consideramos auténtico*.

El rico, el pobre, el mendigo o el ladrón no son mentes distintas, sino distintas configuraciones de la misma mente, al igual que cuando se imanta un trozo de acero, su sustancia no cambia con respecto a cómo era antes de imantarse, sino que lo que cambia es su configuración y el orden de sus moléculas. La unidad básica de la energía magnética consiste en un electrón girando en una órbita determinada. Pero cuando se desimanta un trozo de acero o de otra cosa, no quiere eso decir que se le paren todos los electrones. Por lo tanto, la energía magnética no ha dejado de existir, sino que sólo se han reconfigurado las partículas de tal forma que ya no producen un efecto externo o perceptible. Se dice que una sustancia está desimantada cuando sus partículas no se orientan en orden alguno, pero cuando se las ordena en una dirección determinada, la sustancia queda imantada. No es que se cree energía magnética, sino que se despliega.

La salud, la riqueza, la belleza y el genio no se crean, sino que tan sólo se manifiestan a través de la estructura de nuestra mente. Es decir, a través del concepto que tenemos de nosotros mismos, y el concepto de nosotros mismos es todo aquello que aceptamos como real y de lo que estamos convencidos. La única forma de descubrir qué convicciones tenemos es observando, sin crítica alguna, cómo reaccionamos ante la vida. Nuestras reacciones nos revelan dónde vivimos psicológicamente; y donde vivamos psicológicamente es lo que determina cómo vivimos aquí, en este mundo externo y visible.

Debería saltarnos a la vista de inmediato la importancia de todo esto en nuestra vida diaria. La naturaleza básica de la causa primordial es conciencia.

Por lo tanto, la sustancia última de todas las cosas es *conciencia*.

Capítulo 3

EL PODER DE LA CONVICCIÓN

El principal espejismo del hombre es estar convencido de que existen *unas causas ajenas a su propio estado de conciencia*.

Todo lo que le sucede al hombre –todo lo que hace, así como todo lo que procede de él– es el resultado de su estado de conciencia.

La conciencia del hombre es todo aquello que piensa, que desea y que adora, todo lo que cree que es cierto y todo lo que consiente.

Ésta es la razón por la cual, antes de poder cambiar nuestro mundo exterior, es nuestra conciencia lo que tenemos que cambiar.

De la misma forma que la lluvia es el resultado de un cambio de temperatura en las capas superiores de la atmósfera, cualquier cambio de nuestras circunstancias es el resultado de un cambio de nuestro estado de conciencia.

Transformaos por medio de la renovación de vuestra mente.

ROMANOS 12, 2

Para transformarnos, debe cambiar por completo el sustento de nuestros pensamientos. Pero los pensamientos no podrán cambiar a menos que tengamos *nuevas ideas*, porque nuestros pensamientos surgen de las ideas.

Cualquier transformación comienza con un intenso y ardiente deseo de transformarnos. El primer paso para «renovar la mente» es *desearlo*.

Antes de poder empezar a cambiarnos, tenemos que querer ser distintos y tener la intención de serlo.

Entonces tenemos que *convertir nuestros sueños futuros en hechos del presente*, lo cual se consigue *convenciéndonos de la sensación de que nuestro deseo ya se ha cumplido*. Al desear ser una persona distinta a la que somos, podemos crear ese ideal de persona que queremos ser y *convencernos de que ya lo somos*.

De esta forma, al persistir en dicha suposición hasta que se convierta en nuestra principal sensación, es inevitable que alcancemos nuestro ideal.

Ese ideal que esperamos y deseamos alcanzar está siempre dispuesto a encarnarse, pero a menos que nosotros le ofrezcamos ser su padre, no tendrá posibilidades de nacer.

Por lo tanto, una vez que sintamos el deseo de expresar un estado superior, debemos adoptar la actitud de que sólo nosotros podemos afrontar la tarea de darle vida a dicho nuevo valor superior de nosotros mismos.

Al dar a luz nuestro ideal, debemos tener siempre presente que los métodos del conocimiento mental y del espiritual son completamente distintos.

Es probable que este punto sólo consiga comprenderlo una persona de entre un millón.

Mentalmente, las cosas se conocen al mirarlas desde fuera, al compararlas con otras, al analizarlas y definirlas pensando en ellas; mientras que una cosa sólo puede conocerse espiritualmente si nos convertimos en ella únicamente pensando desde ella misma.

Debemos ser esa cosa en cuestión en lugar de hablar meramente de ella o contemplarla.

Tenemos que ser como la polilla que, en busca de su ídolo, la llama que ha despertado en ella un auténtico deseo, se lanza de inmediato al fuego sagrado, repliega las alas una vez allí y acaba convirtiéndose en la misma sustancia de la llama y con su mismo color.

Él tan sólo conocía la llama que ardía en él, y sólo él podía relatar quién no había regresado nunca para contarlo.

Bird Parliament, de Farid ud-Din Attar, traducción de Edward Fitzgerald (1889), *apud* William Ralph Inge: *Faith: Personal Religion and the Life of Devotion*

Al igual que, movida por su deseo por conocer la llama, la polilla está dispuesta a inmolarse, también nosotros debemos estar dispuestos a que muera nuestro yo actual para convertirnos en una nueva persona.

Si queremos saber qué es la salud, debemos tomar conciencia de qué es *estar* sano. Si queremos saber qué es la seguridad, debemos tomar conciencia de que *estamos* seguros.

Por lo tanto, para que podamos encarnar un valor nuevo y superior de nosotros mismos, debemos asumir que ya somos lo que queremos ser y, entonces, vivir teniendo fe en dicha convicción –que aún no se ha manifestado en el cuerpo de tu vida– y confiando en que dicho nuevo valor o estado de conciencia se encarnará gracias a que somos plenamente fieles a nuestra convicción de que ya somos lo que deseamos ser.

Eso es lo que quiere decir el término «plenitud», lo que quiere decir el término «integridad». Significan someter to-

do nuestro yo a la sensación de que nuestro deseo ya ha sido satisfecho, con la certidumbre de que nuestro nuevo estado de conciencia representa la renovación de la mente transformadora.

No existe orden alguno en la naturaleza que corresponda a dicha sumisión voluntaria del yo a ese ideal que lo trasciende.

Por lo tanto, es el colmo de la insensatez esperar que se produzca la encarnación de un concepto del yo nuevo y superior como consecuencia de un proceso evolutivo natural.

Es evidente que aquello que un estado de conciencia requiere para producir su efecto no puede manifestarse sin dicho estado de conciencia y, además, gracias a nuestra capacidad de asumir el sentimiento de una vida superior, de asumir un concepto nuevo de nosotros mismos, *poseemos lo que no posee el resto de la naturaleza: imaginación, el instrumento con el que creamos nuestro mundo.*

La imaginación es el instrumento, el medio mediante el cual logramos, de forma efectiva, ser redimidos de la esclavitud, la enfermedad y la pobreza.

Si nos negamos a asumir somos nosotros los responsables de que pueda llegar a encarnarse un concepto nuevo y superior de nosotros mismos, estaremos *rechazando el medio, el único medio, mediante el cual puede producirse de forma efectiva nuestra redención; es decir, alcanzar nuestro ideal.*

La imaginación es el único poder de redención del universo.

Sin embargo, nuestra naturaleza es tal que nos da la opción de mantener nuestro concepto actual de nosotros mismos (un ser con hambre y ansia de libertad, de salud y de

seguridad) o de optar por convertirnos en el instrumento de nuestra propia redención al imaginarnos que ya somos lo que queremos ser, gracias a lo cual saciamos nuestra hambre y nos redimimos a nosotros mismos.

¡Oh, sé, pues, fuerte y valiente,
puro, paciente y auténtico!
Lo que a ti te corresponda hacer,
no permitas que sea otra mano quien lo haga,
pues la fuerza para todo lo que necesitas
te la da fielmente el manantial que llevas dentro:
el reino de los cielos.

Capítulo 4

EL DESEO

A las personas que ignoran todo esto, siempre les parece que los cambios que tienen lugar en nuestra vida *como resultado del cambio de concepto de nosotros mismos* no son fruto de dicho cambio de conciencia sino del azar, de alguna causa externa o de la casualidad.

Sin embargo, el único destino que rige nuestra vida es el que viene determinado por nuestros propios conceptos, nuestras propias presuposiciones, ya que si insistimos en suponer algo, *aunque sea falso*, acabará por cristalizarse en forma de hechos.

El ideal que buscamos y deseamos alcanzar no se manifestará ni se hará realidad hasta que no nos imaginemos que ya somos dicho ideal.

No nos queda más remedio que transformarnos de forma radical a nivel psicológico, que convencernos de que el sentimiento que deseamos ya se ha hecho realidad.

Por lo tanto, debemos considerar que nuestros resultados o nuestros logros constituyen la prueba clave de que somos capaces de utilizar nuestra imaginación. Todo depende de la actitud que tengamos hacia nosotros mismos.

Jamás podremos alcanzar algo sin estar convencidos de que es algo nuestro, porque eso es exclusivamente la condición que necesitamos para alcanzar nuestro objetivo.

Cualquier transformación se basa en la sugestión y eso sólo puede funcionar cuando nos abrimos por completo a una influencia.

Debemos entregarnos por completo a nuestro ideal de la misma forma que una mujer se entrega por completo al amor, porque la forma de fundirnos con nuestro ideal es entregarle por completo nuestro yo.

Debemos imaginarnos la sensación de que nuestro deseo ya se ha cumplido hasta sentir que dicha imaginación es tan vívida como la realidad misma.

Tenemos que imaginarnos que ya experimentamos lo que deseamos. Es decir, debemos imaginarnos que ya sentimos la plenitud de haber conseguido lo que deseábamos hasta conseguir que dicha sensación nos posea y expulse cualquier otro tipo de sensación de nuestra conciencia.

El hombre que no esté preparado para zambullirse de forma consciente en la convicción de que su deseo ya se ha hecho realidad, y con total fe de que ésa es la única manera de hacer realidad su sueño, no está aún preparado para vivir *conscientemente* según la ley de la convicción, aunque no cabe duda de que ya está viviendo según dicha ley a nivel inconsciente.

Pero para los que aceptamos dicho principio y estamos dispuestos a vivir asumiendo de forma consciente que nuestro deseo ya se ha cumplido, es ahora cuando comienza la aventura de la vida.

Para alcanzar un nivel más alto de existencia tenemos que forjarnos un concepto superior de nosotros mismos.

Si no somos capaces de forjarnos una imagen propia distinta de la que tenemos ahora, entonces seguiremos tal y como

estamos, «Porque si no creyereis que yo soy Él, moriréis con vuestros pecados».

JUAN 8, 24

Si no nos creemos que somos Él (la persona que queremos ser), nos quedaremos tal y como somos ahora.

Cuando cultivamos, con fe y de forma sistemática, el sentimiento de que nuestro deseo ya se ha cumplido, *el deseo se convierte en la promesa de su propio cumplimiento.*

El convencernos de que ya hemos alcanzado nuestro deseo, hace del sueño futuro un hecho en el presente.